

9-16-2019

Silverman

Mylene Fernández Pintado

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Fernández Pintado, Mylene. 2019. Silverman. *Revista Surco Sur*, Vol. 9: Iss. 12, 9-17.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.9.12.5>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol9/iss12/6>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Mylene Fernández Pintado

Silverman

Estaba tan sola que ni siquiera sonaba el teléfono. En los últimos días había controlado muchas veces el tono de marcado para asegurarse de que estaba conectado y se había llamado a sí misma desde el celular para escuchar su propio timbre y comprobar que el silencio del aparato no se debía a ningún desperfecto. Luego, llamó a la compañía telefónica para reportar una avería inexistente, lo cual le permitió intercambiar frases con una voz cualquiera sin pasar por la humillación de telefonar a alguien, a alguno de los que no la llamaban a ella porque estaban más ocupados o más entretenidos, o porque escogían hablar con otros a los que juzgaban más interesantes o provechosos.

Ahora, en plena noche, era normal que estuviera sola. No tenía un amante, hijos, madre viejecita a la que cuidar ni hermanos. No tenía obligaciones con nadie y era dueña de su tiempo, posesión que a la larga estaba resultando demasiado grande para disfrutarla, como los grandes terratenientes rusos, padrones de tantos siervos que como no sabían el nombre de ellos, los llamaban almas. La

Obra de Yeilem García Bázaga



verdad es que no había nada en común entre los nobles rusos propietarios de kilométricas extensiones de tierras y su soledad. Quizás la palabra alma. Alma en pena era la suya, que vagaba por la casa vacía de día y daba vueltas en el colchón enorme, cada noche.

Tampoco tenía marido porque se había divorciado muchos años atrás.

A los 25 años se casó con un belga rico que estaba muy interesado en pertenecer al Club del Habano. Unos años después del matrimonio, regresaron de Bruselas y compraron la casa en La Habana. El apartamento era maravilloso, pero estaba en ruinas y se vieron obligados a restaurarlo totalmente. El arquitecto era creativo, simpático y muy chic y pasaba mucho tiempo con su marido, que lo llevaba al Club del Habano y le indicaba los buenos puros mientras el otro le revelaba los misterios ocultos detrás de cada fachada habanera, románticamente ruinoso y mugriento.

Al final, el marido y el arquitecto se compenetraron tanto que bastaba una mirada para levantar o demoler una pared, una sonrisa para escoger un color o un leve gesto para contratar un obrero. Terminada la casa, el marido regresó a Bélgica con el arquitecto, que resultó escogido para participar en un curso de diseño de interiores. El viaje se alargó a Amsterdam por los Van Gogh, a Madrid por Velázquez y Goya, a París por los impresionistas, a Florencia por Da Vinci y El Beato Angélico, a Roma por Michelangelo y Raffaello y a una isla griega para ver unos pequeños templos recién descubiertos.

Desde la isla, el marido le escribió en francés pidiéndole el divorcio para casarse con el arquitecto, le contó que estaban encantados con todo lo que abarcaban sus ojos y pasaban casi todo el día con un pescador del lugar que les mostraba los secretos más

recónditos, esos no develados a los turistas. Ella leyó todo esto como quien tiene un deja vu, o como si lo hubiera escrito ella misma. Llegó a pensar que de tanto imaginarlo, lo había provocado de esa manera que describen los libros que hablan sobre el poder de la mente, y que ella leía cada vez que estaba aburrida.

El marido, que deseaba pasar rápidamente al status de ex, le habló del dinero, que era la parte menos dolorosa de la situación y quedaron en que ella, seducida y abandonada, podría conservar el apartamento con todo lo que estaba dentro, y obtendría una pensión muy jugosa que sería depositada cada mes, puntualmente y por el resto de su vida, en la sucursal bancaria más cercana. A cambio de esto, ella no heredaría nada, no pediría nada y no lo molestaría nunca. Todos los asuntos a partir de ese momento, se ventilarían a través del abogado en Paris.

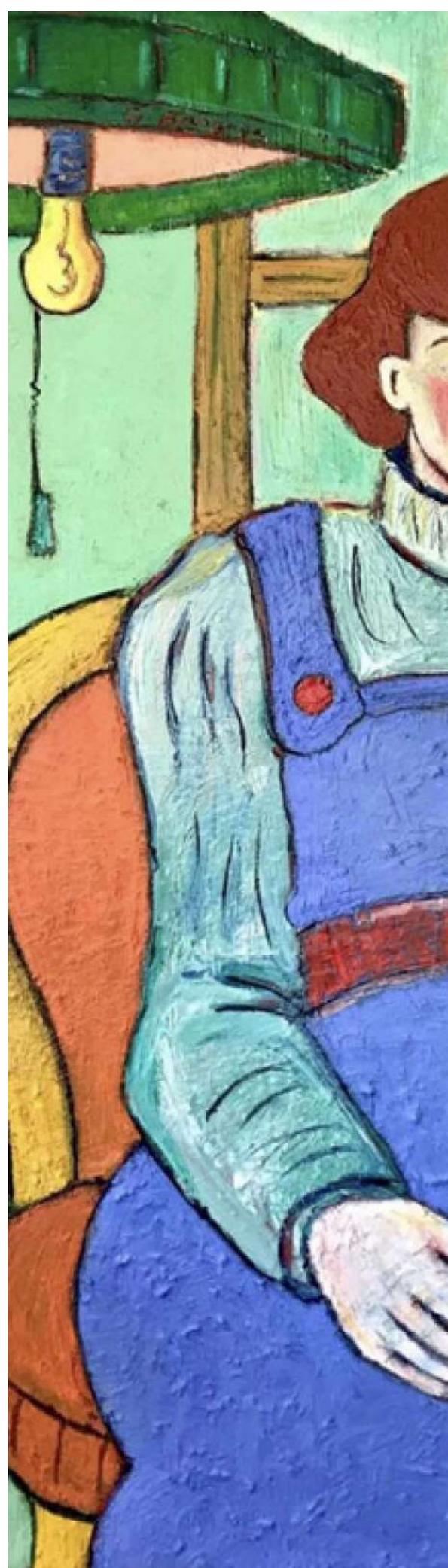
El marido y el arquitecto murieron en el derrumbe de un templo y como era de esos lugares conocidos solo por los lugareños, los encontraron muchos días después. Con las prisas y para no entorpecer el flujo de las hordas de turistas y la alegría del verano con noticias luctuosas, fueron enterrados en un cementerio fenicio bajo los nombres de un par de deidades menores.

Pocos días después, el abogado de Paris desapareció de todas las listas de consultorías, registros, guías telefónicas, redes sociales e internet. Sus números de teléfono y fax respondían a cada intento de comunicación con una especie de cantinela en varios idiomas, que anunciaba que no eran válidos.

Entonces, ella se dio cuenta de que no conocía bien a su ex marido y ni siquiera tenía amigos comunes a los que podría acudir. Aquellos pocos que le habían sido presentados y con los que intercambió un par de frases en las escasas actividades sociales a las que lo había acompañado en Bélgica, no le habían dado números de teléfono o direcciones. Uno de ellos le había preguntado si sabía qué eran las navidades y otro juraba que en Cuba las clases de salsa y reguetón eran una asignatura obligatoria en la primaria.

Nadie la llamaba por teléfono en Bruselas y Mark pasaba poco tiempo en la casa. Cuando se conocieron, él le dijo que no tenía familia, así que no había nadie a quien contactar en su mundo de origen. Fue al Club del Habano, donde ninguno de los fumadores o bartenders pudieron decirle nada, ni siquiera veía bien sus rostros borrosos tras las espirales de humo de los habanos.

Tampoco ella tenía amigos. Poco a poco, se habían abandonado mutuamente. Ella, cansada de fingir que todo iba bien en su vida, fue espaciando las invitaciones a su casa hasta que canceló totalmente esas reuniones en las que repletaba los salones de ambrosias y libaciones luego de pasar jornadas enteras comprando comidas y bebidas, adornando mesas, escogiendo músicas y conversaciones, todo para que la gente no supiera del arquitecto, la isla griega, el cementerio fenicio, el abogado desaparecido y la consecuencia de todo esto: que ya no tenía dinero. Dejó de salir para no confesar que no podía ser la que invitaba y que a duras penas podría continuar asumiendo siquiera su parte de los gastos. Dejó de llamar a personas a las que no podía invitar, con las que no podría compartir y a las que no deseaba contarles el porqué.





Comenzó a vender esos objetos por los que en el pasado pagó sumas enormes y que abarcaban cada uno de los ángulos en los que se posaba su vista y la rodeaban desde que se levantaba hasta que se acostaba.

Llamó a los mismos expertos en arte y antigüedades que en el pasado valoraron los objetos para dictaminar si debía comprarlos, pero esta vez los convocó para que los tasaran con vistas a una posible venta. Recibió regateos, concertó precios como una aldeana en un mercado medieval, y poco a poco se despidió de todo lo que podía valer algo.

La casa desnuda se convirtió en una fortaleza vacía en la que sus pasos resonaban amplificadas por el eco de las paredes y pisos huérfanos de alfombras, tapices, cortinas, óleos, grabados, fotos y afiches. Vajillas, cristalería, lámparas, sillas, sofás, butacas y mesas de variopintos y casi nunca armónicos estilos y tamaños. Consolas, espejos, libreros, armarios y escribanías. Ceniceros, percheros, jaboneras, palmatorias, relojes de arena, de cuerda, de péndulo, de cuco o de sol. En la sala, que ahora parecía el patio de una escuela en una tarde de domingo, quedó solo, como reo encadenado a la pared y condenado a ser testigo del vacío, Silverman.

Silverman era uno de los cuadros que adornaban el Club del Habano. A diferencia del resto de las obras que pendían de las paredes, no tenía el precio puesto, ni siquiera decía la ambigua frase "precio a convenir."

Era común que los fumadores compraran las obras del club, por lo que estas cambiaban constantemente y eran uno de los temas de conversación de los clientes entre bocanadas de humo y tragos caros.

Pero Silverman permaneció en el club mucho después de que el resto de las pinturas que lo habían acompañado, fue sustituido por otras que a su vez fueron compradas, por lo que las paredes que las sostenían fueron ocupadas por sucesivas horneadas de cuadros siempre vendidos, siempre relevados. Hasta que un día cambió de hogar y pasó a engrosar la pinacoteca de su casa. Según Mark, era un cuadro que había tenido mucha paciencia en su vida de obra de arte en busca de mercado.

Esta madrugada, cuando ella llegó a la sala en puntillas, luego de sentir un ruido tan leve que solo su indomable vigilia nocturna le permitió detectarlo, se sorprendió al ver que Silverman no estaba solo y que tampoco estaba colocado en la pared. El cuadro yacía en el piso mientras un hombre muy delgado y casi harapiento trataba de desprenderlo del marco.

Ella no gritó. El tipo era tan menudo que parecía un niño tíxico, un personaje de cuentos de Andersen o novelas de Dickens. Se quedó mirándolo y pensando a qué distancia estaba el celular o el único de los teléfonos de la casa. El hombrecito la vio, y en sus ojos se reflejó algo más que miedo. Había respeto y un desamparo que resultaba enternecedor.

Se puso en pie y cuando ella hizo un ademán de gritar como había visto en las películas, él abrió los brazos para dejar claro que no tenía intenciones violentas y susurró:

— Buenas noches, buenos días, disculpe por favor no soy un ladrón, soy el pintor de este cuadro y lo necesito mucho.



Obra de Yeilem García Bárzaga

— ¿Es el pintor? — dijo ella, ya recobrada de la sorpresa y retomando su lugar de dueña de la casa y del cuadro, ambos violados por este intruso mal vestido y peor comido.

— ¿Cómo puedo saber que es un pintor en vez del más vulgar de los rateros, o un asesino en serie, un violador de señoras maduras o cualquier otro tipo de malhechor?

— Mire, por favor, tengo aquí una foto en la que estamos todos juntos.

— No se acerque o grito y sé gritar muy bien. Era la soprano del coro de la escuela primaria. Si no me hubieran operado de amigdalitis hoy podría ser solista de cualquier ópera.

— No, se la pongo en la mesita, bueno no hay ninguna mesita, se la pongo aquí y me alejo. Colocó la foto en un sillón y se alejó manteniendo las manos a los lados del cuerpo y mirándola con tristeza.

En la foto, ella vio una joven muy bien vestida, de pelo castaño y ondeado, que regalaba a la cámara una sonrisa de optimismo. Mark, su marido, era un tipo elegante y viril, que la abrazaba lleno de amor. El tercer hombre era un joven tímido y apenas sonriente, alguien que ni mirado con la mejor de las intenciones podría haberse convertido en este escuálido ser que ella tenía delante.

Luego de mirarlo varias veces escéptica, descubrió algo que lo identificaba. Era completamente estrábico del ojo derecho, que en la foto miraba a un lugar que parecía estar fuera de la cámara, del Club del Habano y casi fuera del mundo, Como si ese ojo viera mucho más que el otro, más lejos en el tiempo y la distancia. Además, ese ojo brújula, oráculo y solemnemente

defectuoso, era verde, mientras el otro, el ojo vulgar que veía las mismas cosas plebeyas que el resto de los mortales, era color cucaracha, el más común de los colores de pupilas de La Habana.

— Es verdad que a Mark le encantaba hacerse fotos con los pintores a los que les compraba los cuadros y con los músicos a los que les compraba discos. ¡Oh, Mark era tan snob!

— Supe de su muerte. Se habló mucho de eso en aquel momento. Lo siento mucho.

— Creo que ya me acuerdo de usted y del día del cuadro. Usted llegó al club porque Mark lo citó para negociar su obra. Nunca supe cuánto le pagó porque yo no soporto el humo y sé que el humo pasivo es peor que el otro.

— Nunca se lo vendí. Fue un regalo.

— ¿Un regalo?

— Sí, su marido era una buena persona.

— ¿Una buena persona que tiene dinero y no paga el trabajo de otro que lo necesita?

— Mark nunca pagó ningún cuadro, señora.

— ¿Cómo?

— No, pero nos invitaba al club, nos pagaba los tragos y nos presentaba a los otros miembros del club. Nosotros le regalábamos nuestras obras y él decía al resto de los ricachones que iban ahí que había pagado grandes sumas por ellas, y eso hacía que los otros se interesaran.

— Qué hijo de puta, y yo que pensaba que...

— Bueno, a muchos esa maniobra los ayudó. Pero yo no fui de los afortunados porque ese día usted estaba muy apurada porque le molestaba el humo y nos fuimos enseguida. No sé si usted lo recuerda. Usted estaba tan insistente con los peligros del humo que nos hicimos la foto y no bebimos ni yo fui presentado a ninguno de los asiduos. Terminamos comiendo en una cafetería cercana, donde no había nadie importante para el mercado del arte.

— Ahora parece que es culpa mía que usted no haya tenido promoción. ¿Por qué usted no le pidió que lo invitara otro día para conocer a los ricos pre-cancerosos del club?

— Porque mi cuadro llevaba siete años en la pared, todos se habían vendido menos el mío. Me sentía en deuda con su marido.

— Sí, esa es la estrategia de los yumas ricos en esta ciudad, lo estafan a uno y lo hacen creer que lo están ayudando. Nosotros tenemos que aprender mucho de esta gente.

— Yo creo que Mark tenía serias intenciones de ayudarme, pero luego sucedió esa desgracia y los planes se fueron abajo.

— Y usted se convirtió en uno que no pinta y que roba lo que pintó cuando era el pintor mediocre que consiguió ser.

— Es que estoy muy necesitado, señora. Usted no sabe lo que es no tener nada, ni siquiera el don que alguna vez lo ayudó a sobrevivir en los tiempos difíciles.

— Ahórreme sus historias, que no es usted Van Gogh. ¿Por qué viene a robar en vez de llamarme por teléfono, concertar una cita, venir a mi casa accediendo por los conductos normales, o sea, la puerta de entrada, luego de tocar el timbre, por supuesto.

— Bueno, la verdad es que usted no tiene timbre.

— Sí, tiene razón, era una campanilla del 1372, usada en las iglesias de Alsacia pero la vendí. Bueno, cuando digo tocar, digo tocar, a la puerta de madera. Y luego, podíamos tomarnos un café y hablar del cuadro, de su interés en recuperar su obra.

— Bueno señora, la verdad es que a mí no me interesa la obra. No hice nada de eso porque no tengo nada que tratar con usted. Sencillamente no tengo dinero para comprarle el cuadro. Estoy aquí, no porque yo soy un delincuente sino un artista desesperado.

— Usted es un artista desesperado que roba, creo que se llama robo famélico ¿no?

— No lo sé. Pero, créame, mire, vengo sin nada, no tengo un arma, lo único que traje fue este martillito para sacar el óleo del marco y llevármelo enrollado.

— ¿Y cómo se las arregló para entrar?

— Bueno, en estos años de absoluta pobreza, me contrataron como pintor de brocha gorda, y como soy pequeño y flaco, me volví alpinista, he pintado edificios altísimos. Usted no me vio pero yo pinté el suyo, hace unos meses. De hecho como el apartamento es casi todo de cristales, pude ver lo que usted hacía cada día.

— ¿Además de ladrón, mira huecos?

— No, no, la idea era entrar en su casa y llevarme el cuadro sin molestarla. Sin que usted se enterara.

— Pues parece que hizo muy mal su trabajo, porque duermo muy poco y me despierto al menor ruido.

— Sí, lo sé, la he visto sentada en el sillón por la madrugada, tomando agua, mirando los muebles. Disculpe que me meta pero esta casa es gigantesca y usted la tiene casi vacía. ¿No le parece buena idea alquilarla a algún pintor para que pinte y exponga aquí?

— Claro, podemos pensar en uno como usted, que tiene una situación económica tan floreciente como para permitirse un estudio.

— No, yo sé que no puedo, pero otros sí que pueden. Además, usted esta tan sola, eso la ayudaría a tener gente aquí.

— ¿Cómo sabe que estoy sola?...ah, sí, olvidaba que usted me observaba todo el tiempo mientras yo, inocentemente, vivía mi vida. ¿La observación incluía también el baño?

— No me malinterprete, señora. Nunca la miré en el baño. Pero sí la seguí por la calle.

— ¿Por qué?

— Necesitaba saber adónde iba, si tenía rutinas fuera de la casa y cuanto demoraba en regresar.

— Bueno, pues parece que invirtió mal muchas horas de sus jornadas. En todo ese tiempo, pudo haber pintado la Capilla Sixtina, y total, no le sirvió de nada, escogió el día y la hora equivocados. Y ahora, aquí estamos, usted es un ladrón y yo lo descubrí.

— No, no es así. Usted ya no se acuerda, pero esta noche usted no debía estar en la casa.

— ¿Ah, no? Qué interesante, eso de que usted sepa mejor que yo mi futuro.

— Hace un mes que usted espera este día...

— Síga, estoy de verdad muy curiosa.

— Lo escribió en el espejo del baño.

— Usted dice que no me miraba cuando yo estaba en el baño

— Usted no estaba pero vi el mensaje: "martes 2 de abril, 10 p.m., cena con Teodoro, y luego me quedaré en su casa. Hoy es 2 de abril.

— Sí, es verdad, pero Teodoro tiene 97 años y está enfermo, lo ingresaron hace dos semanas, pero eso no lo escribí en el espejo del baño. El caso es que cancelamos la cena hasta que mejore.

— Discúlpeme si soy indiscreto. ¿Salía usted a cenar y a pasar la noche con un anciano?

— Está disculpado. Total, es solo un detalle. Antes, me ha espiado dentro y fuera de mi casa, ha leído mi espejo del baño y ahora mismo está

en mi sala. La cena consistía en pollo hervido sin sal y arroz blanco. Teodoro es riquísimo pero también es muy tacaño y ni siquiera compra malangas, vive con la libreta de racionamiento. Así que no era ni la cena ni la noche que usted imaginaba.

—Lo que no me imagino cómo ha llegado a los 97 años comiendo de ese modo.

—La austeridad hace milagros.

—No lo creo, tendríamos una esperanza de vida de cuatro siglos.

—¿Es un artista disidente?— No lo creo, si lo fuera, no estaría en mi casa robando un mísero cuadro gris. Esos tienen dinero, van a los cócteles en las embajadas chics y los publican en los periódicos extranjeros. Pero, si fueras de los pintores gubernamentales, el gobierno te mandaría a las bienales en las delegaciones oficiales, tus cuadros estarían en hoteles y galerías, saldrías en el noticiero y tendrías carro.

—Disculpe, no es "tan así" como usted dice, el arte no está dividido de esa forma, creo que lo primero es tener una obra sólida y lo de la publicidad, tiene que ver los contactos, tener agentes y conocer gente importante.

—No estoy de acuerdo contigo pero ese no es el tema. Lo que sí nos queda claro es que eres un muerto de hambre de filiación política incierta, con una obra nada sólida, y sin ningún contacto que te promueva. A este punto espero que no te importe si te tuteo. Lo hago con todos los que entran clandestinos a mi sala a las cuatro de la mañana.

—Hace mucho que no pinto, Silverman es mi último cuadro.

—¿Cuál es?

—El suyo, señora.

—Ah, se llama así. Mira tú, es de una grisura tremenda, la verdad es que no sé por qué Mark lo trajo, tampoco entiendo por qué un pintor primero logra colarse en el Club del Habano y exponer allí su cuadro y luego termina en la casa del dueño, intentando robarlo porque no tiene ni donde caerse muerto. Parece una película o una obra de teatro.

—Señora, el cuadro no me interesa. Lo que necesito es la tela, para pintar otro. Hay una expo concurso en honor a Van Gogh y al ganador le expondrán el cuadro en Amsterdam por un año y le pagarán el viaje y la estancia por cinco días. Si logra venderlo, cobrará también el precio, descontando los gastos de la galería, y si de ahí sale algo, o sea, si aparecen coleccionistas interesados, hay un futuro por delante.

—Sí, debí haber imaginado que no venías por ese, es de los cuadros más feos que he visto en mi vida. Todo gris.

—No es gris, es plata.

—Oh, no me hables de plata, creo que llegué a coleccionar todos los tipos...ya que usted conocía a Mark y además se ha dedicado a espíarme en los últimos meses, seguro sabe que no tengo nada, me quedan solo los muebles imprescindibles y su cuadro horrible. Pero, aunque sea feo, no quiero deshacerme de él. Porque me recuerda tiempos felices. Yo no soy una artista pero soy melancólica, hasta escribí poesía alguna vez. Incluso me publicaron un libro.

—Ya sabía yo que usted tenía una fibra sensible, basta verla.

—Mire, el libro casi no se vendió. Tengo una caja allí. Le puedo dedicar un ejemplar.

—Me encantará leer algo suyo. ¿Por qué no siguió escribiendo? Seguro que pudo haber tenido una carrera floreciente si hubiera continuado.

—Es una historia muy larga. Pero imagino que usted no tiene nada mejor que hacer y ya yo me desperté. Cuando Mark y yo nos conocimos yo había terminado de estudiar Letras, amaba mi carrera y quería escribir, enseñar en la universidad, sabe, eran años en los que uno podía vivir con su salario. Pero apareció Mark.

—Y usted se enamoró.

—No lo sé, pero Mark era encantador, tenía muchos recursos para seducir y yo confundí la fascinación con el amor. Hice muchas cosas que nunca antes pude permitirme y que con mi título, mi salario y las circunstancias del país, habrían sido siempre imposibles, entre ellas viajar. Y por otra parte, mi primer libro no había tenido ningún éxito. No me parecía que mi futuro aquí se mostrara muy prometedor. Nos casamos, nos fuimos a Bruselas a vivir en un idioma que no era el mío y con reglas ajenas. Me esforcé mucho, me integré, comí sus comidas, leí sus libros, vi sus telediarios, conocí personas. Nunca dije que tenía ganas de ir a la playa, sentarme en el malecón, de hablar y escuchar español. Pero, ahora que he regresado me doy cuenta de que tampoco encajo aquí. No me gusta la gritería, la vulgaridad, el modo de tratar a la gente como si la conocieras de toda la vida, la manera en que te maltratan en las oficinas, el churre, el reguero, la desidia, la impuntualidad, el desorden...

— Entonces sufrirá mucho.
— Sí, ¿sabe lo que creo? que al final me quedé sin país. No tengo ninguno.
— Yo tengo este, pero me es muy difícil llegar a fin de mes.
— Y usted cree que su Silverman cambiará su vida. O sea, lo que usted pintará por detrás de Silverman.
— Es que está pintado en una tela muy buena.
— ¿Y las pinturas? Si no tiene dinero ¿cómo piensa pintar, con la pintura de las paredes de los edificios?
— Exacto.
— Mire, se me acaba de ocurrir una idea. Teodoro es muy tacaño pero siempre dijo que yo había hecho mal casándome con Mark, que debí haber luchado por mi carrera y por una relación con alguien que no fumara. Y que él podía ayudarme. La verdad es que Teodoro me adora. Y yo lo quiero mucho porque como es viejo, no ha asumido los comportamientos de la gente de ahora, y hablar con él es como estar en otra parte y en otro tiempo.
— Es muy bueno conocer personas así.
— Exacto, a eso me refiero. Le diré a Teodoro que le compre el cuadro. Yo soy su heredera universal, así que cuando él muera, no lo estoy deseando pero hay que pensar en todo, yo lo recuperaré. Con el dinero del cuadro usted podrá comprar la tela, las pinturas y podrá dedicarle tiempo a ese cuadro del concurso. Yo no creo que ganará, pero al menos no me sentiré culpable. Aunque debe quedar claro que usted no se merece nada pero como soy buena, me siento en deuda porque Mark no le pagó y porque como yo no soportaba el humo, nos fuimos aquel día del Club del Habano a una cafetería plebeya y usted no pudo conocer a los futuros compradores, esos que habrían hecho de usted un pintor de éxito.

— Usted es muy buena pero el problema es que ahora ese señor está ingresado, y no sabemos cuándo mejorará, no sé si yo puedo esperar todo ese tiempo. Ya estoy atrasado con la fecha de entrega del concurso.

— No sea tonto, la gente enferma es mucho más dócil. Teodoro en el hospital ha cambiado, hasta le ha dado su comida al paciente con el que comparte la habitación.

— Es un acto de liberalidad tratándose de alguien tan conservador, pero una cosa es sopa y puré y la otra es un cuadro.

— Bueno, yo le propongo una cosa. Si a usted no le gusta, tiene la opción de robarme, lo cual sería un delito. O tiene la opción de no delinquir. Y quedarse sin cuadro, sin concurso, sin esa buena vida que usted cree que tendrá o al menos sin la posibilidad de intentarlo. Mañana, o sea dentro de unas horas, iré a ver a Teodoro. Usted podría ir conmigo. ¿Tiene algún vestido decente o va a todas partes disfrazado de pintor de brocha gorda en plena faena?

— Me pondré otra ropa.

— Exacto, si la que tiene está rota o manchada o vieja pida prestado algo a un amigo al que le haya ido mejor en la vida, eso no debe ser difícil. Si no me equivoco, usted no tiene una mujer que se ocupe de usted.



Obra de Yeilem García Bárzaga

—Me dejó hace muchos años.

—No me diga que eso también tiene que ver con el cuadro y con mi intolerancia al humo.

—No. Me dejó por otro pintor, uno que sí es famoso. Mark tenía un cuadro suyo.

—¿Cómo era ese cuadro?

—Se llamaba "Campesinos búlgaros huyendo de la vacuna" Era un homenaje a Millet y sus escenas de la vida en el campo.

—Lo recuerdo. Lo puse en el baño de las visitas, al que nunca voy. Así lo evité durante todos estos años.

—Sin embargo, tuvo mucho éxito, ese día usted no fue al club y Mark le presentó a mucha gente que luego le compró obras, se hizo un buen currículum, expone mucho en el extranjero y sus cuadros forman parte de colecciones privadas en Europa, en los EE.UU., Japón y en los Emiratos Árabes.

—Y ahora está casado con su ex.

—Exacto. Pero eso no importa. Si me dejó por eso, quiere decir que no estábamos bien juntos.

—No sea tonto, si usted fuera rico y famoso, a lo mejor ella no lo habría dejado.

Cuando las parejas del primer mundo tienen problemas se van de vacaciones a las Seychelles o a Venecia, se alejan de sus problemas y rehacen el matrimonio. O van al psicoanalista y hacen terapia de pareja. Mire la hora que es. Por su culpa no he dormido y tenemos que ir a ver a Teodoro, así que vaya para su casa, digo, espero que tenga al menos una casa.

—Vivo con mi mamá. Tiene 88 años. Pero tengo mi cuarto, no se preocupe, es muy amable.

—No pensaba invitarlo a dormir aquí, le pregunté porque usted me parece el tipo con más mala suerte del mundo.

—Discúlpeme, pero tampoco a usted le ha ido muy bien, tenía todo y ahora no tiene nada.

—Es verdad, pero volvamos al asunto, usted se va para su casa con su mamá, duerme, pide ropa prestada o le dice a su mamá que le planche la que tenga, le limpie los zapatos y nos vemos en el hospital a las 3 de la tarde.

—No me ha dicho en qué hospital.

—Es el Calixto García, a Teodoro le gustan las antigüedades, ese hospital es más viejo que él.

—Gracias, la verdad es que me avergüenzo muchísimo de haberla espiado, de haber leído el espejo de su baño y de entrar en su casa a intentar robarle.

—Gracias por su arrepentimiento. Pero si nos atenemos a los hechos, el cuadro es suyo. Mark no se lo pagó en ningún modo.

—Está sonando el teléfono.

—No es posible, hace mucho que nadie me llama. Espere aquí y ahora mismo le abro la puerta, ya que entró como un ratero, al menos salga de mi morada como una persona decente.



Obra de Yeilem García Bázaga

– Es usted tan buena, que pena que no escriba. Sí, hable, que la espero.

– ¿Hola? Sí, soy yo. ¿Está seguro de lo que dice? Claro que voy para allá enseguida. Si, lo sé, no me hable más tonterías, que me hace perder tiempo.

– ¿Pasó algo, señora? digo, sé que no me importa... pero si puedo serle útil...

– Teodoro murió.

– Oh, Dios mío, donde quiera que voy llevo mi mala suerte.

– No sea tonto, ya le dije que era muy viejo y sabio, decía siempre que pasaba los días por gusto en ese hospital. Que era ya hora de irse y de que yo empezara a vivir de verdad, sin humo. Lo del humo tenía doble sentido, era para decirme que el matrimonio con Mark no me dejaba ver bien las cosas.

– Es usted muy buena, y ahora la vida la premia. Pero, pobre Teodoro, que descanse su alma...

– Por favor, dejémonos de sentimentalismos. Se nace, se vive, se muere y Teodoro tuvo la mejor de las vidas que yo haya conocido. Murió durmiendo, relajado y hasta sonriente. Hagamos otra cosa, vaya para su casa y vístase decentemente para que me ayude con el funeral.

– Sí, claro, enseguida lo haré.

– Y llévese su cuadro.

– ¿De verdad?

– Sí, pero hágame un favor. No pinte nada por el otro lado de la tela. Mándelo al concurso. Es maravilloso. Estoy segura de que ganará. Siempre le dije a Mark que era lo único que realmente valía la pena en las paredes de esta casa. Y cuando nos divorciamos, fue su única pretensión, pero no cedí porque me gustaba de verdad. Por esa misma razón nunca lo vendí. Silverman me ayudó mucho en estos años. Espero que ahora lo ayude a usted. Nos vemos en la funeraria de Calzada y K. A lo mejor le estoy pidiendo lo imposible pero si tiene alguna ropa medio luctuosa para ponerse, mejor. ¿No era su Van Gogh el que decía que el negro era la mezcla de los tres colores primarios en tonos oscuros?

La Habana-Montagnola, 2018.

**CUENTO CON TODOS
CUENTO CON TODOS
CUENTO CON TODOS
CUENTO CON TODOS**